



Azorin

Anhelo

La casa es vivienda espaciosa y cómoda de labradores ricos; murieron los dueños hace años y dejaron una heredera. Lleva la hacienda un hermano del padre, Francisco Lorenzo, y gobierna la casa una criada antigua, María Jesús. De padres vigorosos y sanos, salió una criatura delicada; en el primer mes del embarazo hubo en el pueblo una tormenta horrisona y la madre se amedrentó; luego, la madre, para trastear fácilmente por la casa, se ciñó en demasía. Cual hija única, la criaron con mimo; pusieronla en un colegio de Toledo, donde permaneció seis años. A la muerte del padre, la trajeron al pueblo; no pudieron traerla cuando murió la madre porque fue súbito el fallecimiento. Al regresar la niña al pueblo y entrar en la casa -vino silenciosa todo el camino- lo primero que hizo fue sentarse junto al balcón, en el cojín mismo en que se sentaba su madre para hacer labor; estuvo un momento sentada y rompió a llorar.

Era alta, cimbreante y bien proporcionada; no le gustaba ataviarse con riqueza, y sí, el ir siempre irreprochablemente limpia. Sentía predilección por las flores, y de todas prefería las azucenas; como sus manos eran blancas se confundían con las blancas azucenas cuando estaban colocándolas en un jarro. Tenía pasión por la ropa blanca y por los encajes; le gustaba escoger los anchos lienzos de Holanda, bien olientes después de lavados, y contemplaba absorta la albura nítida antes de colocarlos en las camas. Sobre todos los muebles de la casa -mesas, consolas, cómodas- había colocado paños blancos orlados de encajes, que ella había labrado. Caminaba lentamente, como ensimismada, y, a veces, cuando al aderezar un ramo de flores, aspiraba su penetrante olor, sentía, por un momento, como un vahído y tenía que sentarse.

De todos los rasgos de su faz, lo que más atraía eran los ojos; no se sabía de qué color eran: grandes, con largas pestañas, semejaban a veces glaucos, otras, de azul claro, y otras, de verde tenue. Cuando se hablaba con ella, se sentía al instante el imán de los ojos. Si el interlocutor se ponía a mirarlos fijamente, entonces ella, que conocía su hechizo, se ponía colorada, abría y cerraba los ojos presurosamente y los dejaba al cabo

a medio cerrar, cual adormilados. Quien los estaba contemplando quedaba con ello más hechizado.

En la misma sala en que trabajaba la madre, sentada en el propio almohadón, junto a la ventana, se halla la hija; está hace tiempo un poco pálida; tiene ahora el mundillo de labrar encaje, apoyado por el extremo bajo en el regazo y el alto lo sostiene un escabel. Las manos de la joven van manejando diestramente los bolillos: estos macitos de caoba producen, al chocar entre ellos, un ruido rítmico que resuena en la sala silenciosa. A veces, la joven se detiene y permanece largo rato abstraída. Entra María Jesús con un vidrio de agua; han puesto en una tinajita unos trozos de hierro dulce, y todas las mañanas, a esta hora, María Jesús, saca con el aceite agua de la tinaja y la trae en el vaso. Lo ha colocado en el escabel y ha dicho:

-¿En qué piensa mi ama?

El ama ha contestado:

-¡Siempre aquí, María Jesús! ¡Siempre lo mismo, María Jesús!

-¿Y no es bonito el Toboso? ¿Dónde vamos a estar mejor, mi ama? ¿En Quintanar de la Orden? ¿En Miguel Esteban? ¿En la Puebla de Don Fadrique?

Todos estos son pueblos cercanos al Toboso; Quintanar de la Orden es una de las más populosas poblaciones de la tierra toledana, María Jesús ríe al escuchar a su ama: va y viene por la sala: aparta las sillas que estaban muy arrimadas a la pared y podían desconchar la cal con el roce; estira los pañitos blancos de la cómoda y la consola; iguala los cuadros que estaban desnivelados: entra en la alcoba, cerrada por una vidriera con cortinillas rojas y tiente los colchones para ver si están bien mullidos. El vaso de agua ferruginosa está en el escabel y todavía Aldonza Lorenzo no ha puesto en él sus labios. María Jesús, cansada de trajinar por la sala, ha acabado por sentarse en un almohadón, frente a su ama.

-¡Siempre aquí, María Jesús! -repite tristemente la joven-.

-¿Y qué nos falta aquí? ¡Alégrese, mi ama! ¡Que vea yo esos ojos reírse!

Aldonza sonrío levemente. Aldonza Lorenzo siente el anhelo de lo desconocido, y María Jesús se atiene a lo cotidiano tradicional. Aldonza querría ir por esos mundos, y María Jesús se encuentra satisfecha en el Toboso.

-¡En el Toboso no pasa nada, María Jesús! -Exclama la joven-.

-¿Qué no pasa nada, mi ama? ¡Anda y si pasan cosas! Nada más que esta mañana al amanecer, al levantarme, cuando estaba asomada a la ventana, he visto la cosa más rara del mundo. Pero no se la cuento a mi ama hasta que mi ama no se ría.

-Tú ves visiones, María Jesús. No te creo ya cuando me cuentas alguno de esos sucedidos para alegrarme; son todo imaginaciones tuyas.

-¡Anda, imaginaciones! ¿Y el caballero armado de punta en blanco, con una lanza, montado en un caballo, que he visto esta madrugada, será también una imaginación mía?

-¡Qué loca eres, María Jesús!

Aldonza Lorenzo se ha llevado el vaso a los labios, se ha limpiado después con un pañuelito de encaje y ha tenido el pañuelo blanquísimo en la mano contemplándolo absorta un rato.

Azorín

ABC, 5 de julio de 1942

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

